HASTA QUE PASE UN HURACÁN

Margarita García Robayo

HASTA QUE PASE UN HURACÁN

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

HASTA QUE PASE UN HURACÁN

Margarita García Robayo

LAGUNA LIBROS

eLibros

Hasta que pase un huracán
Margarita García Robayo

Categorías: literatura colombiana, novela, ficción
Categories: colombian literature, novel, fiction

* * * * * *

© 2012, Margarita García Robayo
Primera edición, Editorial Tamarisco, Buenos Aires, 2012
Primera edición en Laguna Libros, Bogotá, enero de 2015
© 2015, de la edición electrónica:
Laguna Libros, eLibros Editorial, enero de 2015
www.lagunalibros.com
www.elibros.com.co
Calle 74 A 22-31, of. 311
Bogotá, Colombia
Tel. (571)345 0122
Email: info@elibros.com.co

Dibujos de la carátula y la autora
Mónica Naranjo Uribe

ISBN 978-958-8812-36-6 (epub)
ISBN 978-958-8812-37-3 (azw)
ISBN 978-958-8812-35-9 (impreso)

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra
sin permiso expreso de eLibros Editorial.
Hecho en Colombia - *Made in Colombia*

1

Lo bueno y lo malo de vivir frente al mar es exactamente lo mismo: que el mundo se acaba en el horizonte, o sea que el mundo nunca se acaba. Y uno siempre espera demasiado. Primero espera que todo lo que está esperando le llegue un día en un barco, y cuando se da cuenta de que nada va a llegar entiende que tiene que salir a buscarlo. Yo odiaba mi ciudad porque era bellísima y también feísima, y yo estaba en el medio. El medio era el peor lugar para estar: casi nadie salía del medio, en el medio vivía la gente insalvable; allí no se era tan pobre como para resignarse a ser pobre para siempre, entonces la vida se gastaba en el intento de escalar y redimirse. Cuando todos los intentos fallaban —era lo que solía pasar—, desaparecía la autoconciencia, y en ese punto ya todo estaba perdido. Mi familia, por ejemplo, no tenía autoconciencia. Tenían fórmulas para evadirse, para mirarlo todo desde arriba, por allá lejos, en su pedestal de humo. Y en general lo conseguían.

Mi papá era un señor bastante inútil: se la pasaba todo el día tratando de resolver cosas insignificantes que a él le parecían importantísimas para que el mundo siguiera su curso; cosas como hacer rendir más el par de taxis que teníamos y vigilar que los choferes no le estuvieran robando. Pero siempre le robaban. Su amigo Félix, que manejaba la furgoneta de una farmacia, le venía con las quejas: por allá vi al muérgano que te maneja el taxi… ¿Por dónde? Por la Santander, gastando rueda con una putica. Mi papá echaba y contrataba choferes cada día de por medio, y eso le servía, uno: para sentirse poderoso; dos: para no pensar en nada más.

Mi mamá también se mantenía ocupada, pero en otras cosas: todos los días se zambullía en una pequeña conspiración familiar. Todos los días, esa era su fórmula. Mi mamá se paraba de la cama y alzaba el teléfono, llamaba a mi tía, o a mi tío, o a mi otra tía: y gritaba y lloraba y les deseaba la muerte —a ellos y a su maldita madre, que era la misma suya, mi abuela—; a veces también llamaba a mi abuela: y gritaba y lloraba y le deseaba la muerte —a ella y a su maldita descendencia—. A mí mamá le encantaba decir la palabra “maldita”, le producía una sensación catártica y liberadora; aunque ella nunca lo

habría expresado así porque tenía poco vocabulario. La tercera llamada del día era para Don Héctor, con él era siempre muy amable porque le fiaba: Buenas, Don Héctor, ¿cómo le va?, ¿podría mandarme una almohadilla de pan y media docena de huevos? Y la cara empantanada en lágrimas. Su fórmula era la misma que la de mi papá: no dejar baches de tiempo muerto que les hicieran mirar alrededor y darse cuenta de dónde estaban: en un departamento chiquito en un barrio de medio pelo, al que lo atravesaba un caño y varias busetas.

Yo no era como ellos, yo me di cuenta muy rápido de dónde estaba y a los siete años ya sabía que me iba a ir. No sabía cuándo ni a dónde. A mí me preguntaban: ¿qué quieres ser cuando grande? Y yo decía: extranjera. Mi hermano también sabía que se iba a ir y tomó las decisiones que más le convenían en ese sentido: dejó el bachillerato y se dedicó, rigurosamente, a levantar pesas en el gimnasio y gringas en la playa. Porque, para él, irse era que se lo llevaran. Quería vivir en Miami o en Nueva York, no se decidía. Estudiaba inglés porque en ambas ciudades le iba a servir. En Miami menos, eso le decía su amigo Rafa, que había ido una vez cuando era muy chiquito. A mí me gustaba Rafa porque había salido del país y eso me parecía meritorio. Pero después conocí a Gustavo, que no había salido sino llegado, y no de uno ni de dos, sino de varios países.

Gustavo: Gustavo era un señor que vivía en una casa frente al mar. Una choza, más bien. Afuera de la choza había un parapeto de cuatro estacas y techo de lona impermeable; debajo del parapeto: una mesa de trabajo con su banco largo, un asiento doble de madera, una hamaca. Mi papá iba a comprarle pescado los domingos, y a veces me llevaba. Además de pescado, Gustavo tenía una piscina con bichos enormes que él mismo criaba: cangrejos, langostas y hasta culebras de mar. Era argentino, o italiano, según el día. La primera vez que mi papá me llevó a su choza, yo debía tener doce años, y él me dijo: ¿quieres que te enseñe a desescamar? ¿A qué? A limpiar el pescado. Gustavo estaba sentado de patas abiertas sobre un pretil que bordeaba la piscina, la palangana de pescados a un lado, en el piso. Dos palanganas: una era para poner los pescados limpios. Yo me senté igualito que él, pero adelante, dándole la espalda; y él me agarró las manos y me enseñó. Después me acarició allá abajo con dos dedos: arriba, abajo, arriba, abajo, decía, mientras yo limpiaba el pescado con una champeta afilada y él dibujaba una línea vertical en mi botón de fuga —así le decía Charo, una amiga de mi mamá, cuando quería contarle un chisme que involucraba la palabra “chucha” y yo estaba rondando—. Mientras Gustavo hacía eso, mi papá estiraba unos billetes sobre la mesa de trabajo: vísceras y tripas de pescado para hacer aceite, arrumadas en un periódico. ¿Viste lo que hizo Gustavo?, le pregunté cuando íbamos en el taxi, de vuelta a la casa. Mi papá

manejaba lento, sonaba un bolero de Alcy Acosta. Te enseñó a limpiar el pescado, dijo. Sí, pero, también… ¿También qué? No importa. Y después seguí yendo a la casa de Gustavo: a veces sola, a veces con mi papá, a veces a la salida del colegio, a veces en reemplazo del colegio.

Me gustaba el sonido de las olas.

¿Gustavo, me llevas a Italia? ¿A qué? A vivir. No. ¿Y a Argentina? ¿A qué? A lo mismo. No.

Y los dedos.

2

Un día fui al colegio, esperé a que pasaran lista y después me fui. Antes hacía eso con Maritza Caballero, una amiga que ya no estaba porque a su papá, que era militar de la Marina, lo habían trasladado a Medellín. No entendía qué iba a hacer en Medellín, que era pura montaña. Los militares de la Marina vivían en Manzanillo, un barrio cerrado a la orilla de la bahía, con casas prefabricadas que olían a moho por la humedad.

El agua y la madera no son buenas amigas, eso decía Maritza de su casa.

Así que ese día pasaron lista y yo me fui, pero sin Maritza. Salí del colegio a las ocho menos cuarto, tenía hambre y poca plata. Di unas vueltas por el centro, que estaba lleno de la gente que iba a trabajar en los juzgados, o que iba a sentarse en la Plaza Bolívar a leer el periódico. Me senté en la Plaza y me aburrí.

Cuando estaba Maritza nos sentábamos en la muralla a mirar la avenida, el malecón y, detrás, el mar. Ella quería ser abogada y trabajar en los juzgados; yo le decía que yo también, pero era mentira. Yo no quería ser nada. Maritza decía que yo podía ser cualquier cosa porque me iba bien en el colegio. Maritza me miraba fijo y a mí me daba impresión: tenía el pelo amarillo y los ojos amarillos y la piel muy pálida. No conocía a nadie tan desteñido como ella.

Estuve a un cromosoma de ser albina, eso decía Maritza de sí misma.

Pero era bonita, sobre todo a la noche, porque en el día, bajo sol, se le notaban mucho las venas.

Cogí un bus hacia la casa de Gustavo y lo encontré mirando lejos: cuando lo encontraba así era porque ese día tenía que entregar un pedido fácil. Una langosta, por ejemplo, no era sino meter la mano en la piscina y sacarla en el momento.

Hazme un coctelito, le dije y le extendí una bolsa de limones que había agarrado de una carreta mal parada, antes de subirme al bus. Recién ahí se volteó a mirarme, entrecerró los ojos y después dijo: esta mañana un chiflete de aire frío entró por la rendija de la puerta y se me metió por los pies. Ajá. Y siguió hablando: eso me sacó de la cama,

entonces me tomé un ron para entrar en calor y mastiqué un pan viejo que me acalambró la mandíbula de lo gomoso que estaba. ¿Y después qué hiciste? Después me fui a pescar, pero no pesqué nada, el mar estaba picado. Ya.

Eran las nueve y media.

Gustavo descascaró unos camarones y me mandó a la cocina por la cebolla, la mayonesa y el picante. La cocina de esa choza era inmunda, toda la choza era inmunda y no me gustaba entrar. Le dije que ya no quería ningún coctelito. ¿Qué? Que ya no quiero un carajo. Y él contestó: te voy a lavar esa boca con lejía. Entonces fui por lo que faltaba y Gustavo preparó un coctelito delicioso, que me tragué íntegro. Sorbí el jugo rosado que quedó abajo y la boca me quedó picante. Despiértame a la una, le dije. Me fui a dormir a la hamaca.

Otro día hice lo mismo, pero llegué sin limones, así que enseguida me fui a la hamaca. Gustavo no me puso mucha atención porque estaba pelando una montaña de langostinos que iba poniendo en una nevera de icopor con hielo. A la tarde tenía que entregar varios kilos para una fiesta de quince.

Despiértame a la una, le dije, y cerré los ojos.

Tardé en quedarme dormida: hacía calor, olía a sal, la piel se sentía pegajosa.

Cuando abrí los ojos me encontré con los de Gustavo.

¿Qué haces? Nada. Estaba escudriñándome, sentado en un banquito frente a la hamaca. El sol entraba por un flanco del techo donde la lona estaba corrida y le caía en un pedazo de la cara. Le dije que se iba a poner negro de un solo lado, como una máscara de carnaval. Mi hermano tenía una máscara de carnaval que se había comprado en Barranquilla. El día y la noche, se llamaba. Y yo a veces me la ponía, pero me quedaba grande. Gustavo se paró del banquito y volvió a los langostinos. ¿Ya es la una?, le pregunté. No. ¿Qué hora es? Once y media.

La siguiente vez que abrí los ojos, no estaba Gustavo. Estaba la montaña de langostinos en la mesa y una camioneta cuatropuertas en la playa. Me senté en la hamaca y miré el mar: un bote, un hombre y una malla, lejos. En alguna parte ladraba un perro.

Al rato, Gustavo salió de la camioneta, acomodándose el *short*. Más atrás salió una señora acomodándose el peinado. Gustavo agarró la nevera de icopor y la llevó a la camioneta. La señora me dijo: ¿ya cumpliste los quince? No. Mejor. ¿Por qué? Y ella: porque últimamente las fiestas de quince se han vuelto mezquinas y corronchas. Si es bufé, no ponen mariscos ni por accidente; si es plato en mesa, menos. ¿Y qué ponen? Ponen un arroz con pollo y una ensalada rusa cundida de cebolla, y después las niñas se van a hablar

con los muchachitos con ese aliento a turcas, gas. Melissa no, Melissa va a tener una fiesta de quince como se debe.

¿Melissa?

Gustavo volvió, la mujer se sacó unos billetes del escote y se los dio. Los voy a servir con tártara, dijo, ¿qué te parece la tártara? Él puso los billetes en la mesa, pensé que se le iban a volar. Me parece un vomitivo, dijo.

3

Hubo una época en la que el clima cambió. Llovía siempre, todos los días llovía. Eso era malo para la tierra porque se erosionaba; malo para el mar, porque se picaba; malo para la televisión, porque se perdía la señal. Quedaba la radio. La radio decía que la ciudad atravesaba una situación trágica: no en la zona moderna, donde vivían los ricos, sino en los barrios que bordeaban la Ciénaga de la Virgen que, como estaba llena de porquerías, se desbordaba. Y las casas enclenques se hundían en el fango. Por esos días se empezó a hablar del Emisario Submarino, un tubo de hierro que se tragaba la mierda estancada en la Ciénaga, se la llevaba mar adentro y la escupía. Era la solución para todos los males de la ciudad. No lo construían todavía porque no había plata, y no había plata porque se la habían robado. ¿Quién? No se sabía. En la radio todos hablaban de eso. Y después venían los programas románticos: el top diez de las canciones alusivas a la lluvia.

Uno de esos días soñé que el viento se llevaba a mi hermano y a su amigo Julián, uno con el que iba al gimnasio. Iban abrazados, volando, con los dientes apretados como cuando hacían fuerza frente al espejo para que se les marcaran los músculos. Yo los veía elevarse hasta que no los veía más. Otro día soñé que el viento se llevaba el kiosco de Willy, uno que vendía cervezas cerca de la choza de Gustavo. Willy me odiaba porque un día le pegué una patada en la cabeza a un cerdo que me olió los pies. El cerdo corrió despavorido, chillando como una vieja, y yo me reí. Willy se puso rabioso: eres el diablo, me dijo. Y yo le dije que él era un negro comemierda. Gustavo me agarró de la muñeca y me torció el brazo; yo me solté y me fui, y no volví en meses.

Habíamos llegado a ese kiosco media hora antes, después de una larga caminata por la playa. Yo le venía hablando a Gustavo de Maritza Caballero, que me había mandado una carta desde Medellín y una foto de ella en la montaña: tenía puesto un buzo azul. Yo nunca me había puesto un buzo. Me dio sed y Gustavo dijo vamos al kiosco de Willy. Pidió una cerveza Águila para él y una Coca-Cola para mí. Nos sentamos en unos banquitos frente al mostrador, y Willy empezó

a hablar de un crucero de gringos que había llegado. Dijo que estaba esperando a Brígida, la palenquera, para irse al centro a venderles cosas a los gringos: cervezas, ron, collares de caracucha. ¿Tiene ostras, jefe? Willy le decía a Gustavo "jefe" sólo porque era blanco y extranjero. Gustavo ni le dejaba propina y a veces escupía en el piso, y Willy le seguía diciendo "jefe". Ese día, en cambio, llegó un pescador negro, pidió una cerveza y al primer sorbo eructó. Willy le dijo: ¿tú mamá no te enseñó modales, negro comemierda?

La lluvia fue mala también para mi familia, porque el caño que quedaba cerca de la casa se desbordó, las aceras se pusieron verdes y el aire hediondo. Mi papá perdió un taxi, se le llenó de agua hasta el motor y lo declararon chatarra. Esa vez nos sentó a todos en la mesa y dijo: ahora somos pobres. Y se puso a llorar como un niñito. Yo miré alrededor: mi hermano chequeaba el reloj, impaciente, porque iba para cine con Julián y dos cachacas que se habían levantado en La Escollera. Mi mamá doblaba unos pañuelos, concentrada, a su lado había un canasto de mimbre lleno de calzoncillos desteñidos y medias anudadas en un solo bulto porque se les había perdido un par.

Ser pobre era exactamente igual que no serlo. No había de qué preocuparse.

4

Cuando terminé el colegio me matriculé en derecho. Era una universidad pública, pero había que pagar una matrícula, según la declaración de renta del papá. En mi caso era una matrícula ínfima pero mi papá me dijo: ojalá te ganes la beca para que puedas seguir. Yo no quiero seguir, le contesté. Y él: si quieres, y me guiñó un ojo. Un día una compañera me dijo: están dando visas para vivir en Canadá. Y yo fui a averiguar al consulado. Había que saber inglés y francés, y le daban prioridad a las parejas jóvenes, profesionales, con planes de procrear. Mi compañera me dijo que en Canadá se estaban quedando sin jóvenes y que ese era un plan para repoblarse. ¿Repoblarse de latinos? Peor es nada, me dijo. Pero a mí me faltaba mucho para ser una joven profesional con marido y planes de procrear, Canadá no sería mi destino. Canadá ni siquiera me gustaba: no había un solo actor de cine que fuera de Canadá; no había nada en Canadá, solo viejos.

Por esos días el bebé de Xenaida, la muchacha del servicio, lloraba toda la noche.

La habían embarazado, no se sabía quién. El celador, la acusó mi hermano. Pero ella no soltó prenda. Cuando dijo lo del embarazo, mi mamá la echó y Xenaida se le arrodilló: señora, déjeme parirlo y después me voy. Y ya lo había parido y no se iba.

Lloraba como un energúmeno.

Una noche mi hermano se le metió al cuarto y la sacudió por los hombros: ¡Xenaida! Estaba dormida como una piedra; el bebé, rugoso y diminuto, desgañitándose en el piso sobre un montón de trapos, agitaba los brazos y las piernas, como una tortuga puesta al revés. Xenaida lo ponía allí para que no se cayera de la cama.

¿Gustavo? ¿Qué? ¿Olga es tu novia? No.

Gustavo andaba con una mujer que se llamaba Olga.

Que a los extranjeros les gustaban las negras, decía mi mamá.

Olga barría la choza y usaba un vestido sucio y delgadito. Olga se metía las manos en el escote para acomodarse las tetas, y a mí eso me ponía nerviosa. Olga no entendía qué iba a hacer yo allá, y no le gustaba: la próxima vez que vengas te rallo la cara con la champeta.

Gustavo la oía pero no decía nada. Una vez Olga calentó un plátano con todo y cáscara, después se sentó en un banco, se alzó la falda y se lo metió bien hondo. Puso los ojos en blanco. Gustavo y yo la vimos desde la mesa de trabajo: él estaba fileteando un róbalo, yo estaba desescamando un sábalo. El mar estaba quieto y el sol estaba encendido.

Acá fue cuando Gustavo empezó con las historias. Esta fue la primera historia que Gustavo me contó:

Cuando era más joven, yo tenía una moto y muchos pelos en la cabeza. Eran pelos rubios, que después se hicieron blancos y rebeldes. No había manera de que me entrara un peine, pero algunas amigas insistían en peinármelo y eso me daba mal humor. Cuando me daba mal humor, me subía en la moto y me iba lejos.

¿Lejos de dónde?

Terminé mi primer año de derecho y me gané la beca: no me costó ningún trabajo, yo habría podido ganarme todas las becas que quisiera. Pero dije que yo no quería ninguna beca, que yo quería irme lejos. ¿Pero a dónde?, me preguntó el profesor de Romano, desconcertado. Alcé los hombros. El profesor se había ido y se había devuelto, me contó. ¿Por qué? Porque extrañaba. ¿Qué extrañaba? La comida, la cultura. Yo no comía casi y la cultura me sabía a mierda. Le di la mano al profesor, después le di la espalda y me fui. De su clase y de las demás, y me metí al gimnasio con mi hermano.

Gustavo. ¿Qué? ¿Te parezco bonita? Sí ¿Quieres que me quite la ropa? No. Gustavo. ¿Qué? ¿Ya no te gusto? ¿No tienes que leer algún código? Ya los leí todos. Bueno, entonces te voy a contar una historia.

Nos echábamos en la hamaca, pero Gustavo ya no me tocaba el botón de fuga, sino que me acariciaba la cabeza. Un día yo se lo pedí. ¿Pero por qué quieres que haga eso?, me preguntó. Porque ya lo hiciste. Y dijo que eso no le gustaba, que no tenía ninguna gracia. Yo creía que sí le gustaba, pero a Olga no. Olga, cada tanto, se aparecía rondando por ahí, con cualquier excusa. Pero enseguida se iba: me torcía los ojos y se iba. Y Gustavo decía:

Había una vez un barco que zarpó en Córcega con rumbo incierto y a mitad de camino se murió la mayor parte de la tripulación.

¿Si el rumbo era incierto cómo sabían cuál era la mitad del camino?

…unos se murieron de hambre, los más chiquitos; otros se murieron por la peste y otros se murieron porque sí. A los muertos los tiraban al mar. A mi mamá la tiraron al mar y a mi hermanita Niní.

¿Se llamaba Niní, o le decían?

…los sobrevivientes llegamos a un país verde, enorme, muy rico. Nos comíamos las vacas enteras y crudas.

Odio las cosas crudas, a mí me gusta el término medio.

…una parte de la carne siempre se pudría porque eran vacas gordas como hipopótamos, y yo pensaba que a mi mamá y a Niní les habría encantado ese país. Tan verde, tan grande, tan lleno de vacas gordas crudas.

…el sushi, por ejemplo, no lo soporto.

Era el mejor país del mundo, pero yo no podía vivir allí porque me acordaba mucho de los muertos que habíamos tirado al mar. De mi mamá y de Niní. Por eso me fui. Primero a Perú, después a Ecuador, y así fui subiendo hasta que me encontré con el mar Caribe, justo antes de doblar a la izquierda, para seguir viaje hacia arriba. Pero entonces me hice esta choza, y ya no seguí.

¿Y yo cuándo aparezco?

Yo no aparecía en la historia de Gustavo.

En diciembre un viento fuerte se llevó las casas de un barrio pobre y se hizo una teletón para los damnificados. En diciembre Xenaida sufrió una asepsia, producto de la cesárea mal tratada; habían pasado dos meses desde que parió, la herida ya se le venía infectando y ella no decía nada. La llevaron a un hospital y a mi mamá le tocó encargarse del bebé: y lloraba y lloraba y lloraba. A la semana de estar hospitalizada, Xenaida se murió. Ya era casi Navidad. Mi mamá llamó a una tía que Xenaida tenía en un pueblo, pero también se había muerto; no quedaba nadie que quisiera hacerse cargo del bebé llorón. El Bienestar Familiar dijo que pasaría a buscarlo y no pasó: era una época de mucha congestión, dijeron después, cuando mi mamá fue y lo llevó. Lo entregó como un bulto hediondo a una mujer de lentes que frunció la boca apenas lo vio: hummm, está flaquito y pipón, debe tener lombrices.

5

Un día me enamoré. Él se llamaba Antonio, pero le decían Toño. Yo le decía mi amor y él me decía mi amor. Toño tenía moto y me sacaba a pasear; después nos echábamos en la playa, una playa lejos, donde solo pasaban pescadores. Una playa de arena oscura, no como las de las películas. Yo llevaba una toalla en el bolso del gimnasio y la extendía en la arena, pero antes la sacudía. Toño también iba al gimnasio y quería ser arquitecto, decía, mientras mirábamos un velero casi tocando el horizonte, bamboleándose como un borracho. Borracho de champán. Yo quería un velero, pero solo los ricos tenían veleros. Solo los ricos tomaban champán.

Entonces le dije a Toño: si yo fuera rica no me querría ir, los ricos pueden vivir bien en cualquier parte; no me importaría el calor ni la arena oscura ni las lentejas insulsas que hace mi mamá. Y Toño dijo: si fueras rica, tu mamá no haría lentejas insulsas. ¿Qué haría? Caviar. El caviar no se hace. No importa, tú comerías eso.

Cuando el sol comenzaba a esconderse y ya no había pescadores, Toño me quitaba la ropa y me daba besos por todas partes. Él no se la quitaba. A veces sí. Yo cerraba los ojos y me dejaba hacer todo: pensaba que era Gustavo y que estábamos en Venecia. Toño era perfecto, pero no podía llevarme a Venecia. De vez en cuando, me llevaba a cine. Un día vimos una película de amor que terminaba con una muerte, la de ella. Y Toño lloro y me abrazó muy fuerte: no te mueras.

Lo que más me gustaba de tirar en la playa era el cielo. La cara de Toño aparecía y desaparecía de mi vista, alternándose con el fondo celeste. Arriba, abajo, arriba, abajo. Yo no me movía: seguía echada, mirando las nubes. Me ponía las manos debajo de la nuca, como si fuera a hacer abdominales, y esperaba a que Toño terminara. Después se echaba a mi lado, agitado, y yo le hablaba:

La primera vez que vi un velero fue en el puerto. Mi papá me llevó, tenía dos años y medio.

Pero era mentira. Otro día le decía otra cosa:

La primera vez que vi un velero fue dentro de una botella. Mi papá me lo compró en la feria de artesanías y me dijo: cuando crezcas

vamos a ir a navegar en uno así. Y yo le dije: ¿Tan chiquito?

Pero eso también era mentira.

Una vez Toño me dijo que yo era frígida, pero después se arrepintió: se arrodilló frente a mí, me besó las manos y repitió perdón, perdón, perdón. Lo que pasa es que me distraigo mirando los alcatraces, le dije, porque lo del cielo me pareció más débil. Entonces se le ocurrió que lo hiciéramos al revés. Se echó sobre la toalla, yo me encaramé encima y ahora solo podía mirar su cara. A Toño no le gustaba mirar el cielo, le gustaba agarrarse de mi pelo como si fueran lianas y mirarme a los ojos, concentrado. Me hice adicta a esa posición. Me hice adicta a Toño.

Mi rutina era la siguiente: ir al gimnasio con Toño, salir en la moto con Toño, tirar con Toño en: uno, la playa; dos, la cama de un motel barato; tres, la terraza vacía de un hotel del Centro, donde entrábamos con lentes oscuros, como turistas que mendigan segundos de una vista abierta. En la terraza lo hacíamos al mediodía, cuando el sol ya los había espantado a todos; lo hacíamos de pie: yo adelante, contra el balcón, Toño detrás, contra mi espalda. Salíamos rápido, volvíamos a la moto y de ahí a un kiosco a comprar coca cola y cigarrillos. Hablábamos de películas viejas, de canciones de salsa y de cosas que queríamos comprarnos. A Toño le gustaban los perfumes de Calvin Klein, pero nunca había tenido uno: a su mamá nunca le alcanzó para comprárselo. Ahora él trabajaba en la papelería de un tío, pero tampoco le alcanzaba.

¿Eres feliz?, me preguntaba hacia el final de la tarde, echados bajo un árbol en algún parque. Y yo le decía que sí, porque era cierto, pero me faltaba algo. Yo sabía qué, Toño no.

Mi papá no estaba de acuerdo con que dejara la facultad, me lo repetía cada vez que coincidíamos: yo entrando y él saliendo de la casa, a las seis, siete de la mañana. Le expliqué: quiero irme, y el derecho solo sirve en el país que se estudia. Estudia otra cosa. ¿Qué? Cualquier cosa, pero estudia algo, eres la inteligente, eres nuestra esperanza. Y me guiñaba el ojo. ¿Esperanza de qué? Mi hermano me dijo que me hiciera azafata, que me daban la visa automáticamente y tenía más chances de irme, al menos por temporadas. Estábamos en su cuarto, olía al talco Mexána que se ponía en los pies. Él levantaba unas mancuernas frente al espejo de pared y contaba al revés: 33, 32, 31, 30… ¿Por qué cuentas al revés?, le pregunté. Me dijo que así era más estimulante: que porque el Uno no se movía, no se alejaba, estaba ahí, donde siempre había estado, al principio. Yo pensé que mi hermano era el inteligente, pero no se lo dije.

Al día siguiente, después del gimnasio, me fui a anotar en un curso de azafatas. Si me gustaba podía seguir la tecnicatura. Toño no estaba de acuerdo, porque a las azafatas no las respetan, decía: son las

melegas de los aviones y los hombres les miran las nalgas cuando caminan por esos pasillos estrechitos. Si un tipo le agarra la nalga a una azafata, ella tiene que sonreír. Si no se dejan agarrar las nalgas es peor, porque las tratan mal. Si el inodoro no funciona, ellas tienen que ir y destaparlo con un pitillo. Si la comida está podrida, ellas tienen que comérsela igual, para disimular. Toño tenía demasiadas ideas sobre las azafatas, pero yo tenía una sola: las azafatas se iban.

6

Brígida debía estar muy vieja, pero no parecía.

Que los negros no envejecían, decía mi mamá.

Brígida tenía pelo rucho en el sobaco, y tenía grumos blancos en los pelos, por el bicarbonato que se ponía para no oler. Igual olía. Había llegado un crucero y Brígida pasó por la choza de Gustavo a buscar ostras. Era jueves. Yo los jueves no tenía que ir al Instituto y, como ya no estaba con Toño, a veces iba a visitar a Gustavo. Me echaba en la hamaca y leía revistas en inglés, para practicar.

Ese jueves, Brígida me preguntó lo mismo de siempre: que si ya tenía marido. No. Que si ya tenía novio. No sé. Y se rió.

Últimamente Brígida andaba con una nieta que me miraba cejijunta y con los labios apretados. Yo la ignoraba, pasaba las páginas de la revista y cada tanto bostezaba. Últimamente era Olga la que atendía a Brígida: le despachaba las ostras, negociaba el precio, se sorbía alguna y le hablaba del producto como si fuera una experta. A Brígida no le gustaban las ostras, una sola vez la vi sorberse una y frunció la cara —ahí sí se le vieron los años—, y después de escupirla dijo: es como masticar un chocho.

Mientras Olga atendía a Brígida y yo leía en inglés y la nieta me maldecía por dentro, Gustavo, en la mesa de trabajo, contaba una historia. La historia comenzaba con una anécdota precisa y terminaba en cualquier parte. Por ejemplo:

Cuando vivía en Valparaíso, mi padre tenía varios puestos en el mercado y me ponía a pelar langostinos hasta que los dedos se me hinchaban. Él me enseñó que el langostino se pela así: lo agarras fuerte de la cola, le jalas la cabeza con cuidado para que no se venga con toda la carne y después le quitas las patas. El caparazón sale solo. Y la cola se la dejas.

¿Para qué se la dejas? —yo a veces intervenía, porque si no quedaba hablando solo y me daba lástima.

Para que le mantenga la forma al animal, así es más elegante.

No le veo nada de elegante.

En la cola esta todo el sabor, por eso hay que sorberla.

¿Sorberla? Qué asco.

En la cola está el elixir del animal, el alma del animal, la esencia del animal.

Ya.

Todo ahí: en la cola

Ya.

Al cabo de un rato Olga también intentaba intervenir, pero decía cosas que no venían al caso. Cosas como: antier vi a unos gringos caminando por el centro, tenían las patas llenas de ronchas con pus. Y, como nadie le contestaba, se aburría y refunfuñaba y se entraba a la choza y prendía un televisor chiquito que le había mandado su hermana de Venezuela.

Y ella allá y nosotros acá.

Yo abría una cerveza, me abanicaba con la revista. Después abría otra cerveza, y otra para Gustavo. El sol se hacía muy fuerte y era difícil encontrar una posición en la hamaca en la que no me encandilara. Y Gustavo:

…de Valparaíso me acuerdo de eso y me acuerdo de Silvina. Silvina tenía un pelo grueso y brillante que se amarraba en una cola alta, y un vestido de colores que se ponía los fines de semana.

¿Uno solo?

Me gustaba ese vestido porque cada vez que se lo ponía, se agachaba frente a mí y me preguntaba: ¿Estoy bonita, guagüita?

¿Guaqué?

Silvina fue la última novia que le conocí a papá, porque después de ese verano no lo vi más. Se fue a trabajar en un barco y no volvió. Yo me fui a Argentina.

¿Por qué a Argentina?

Porque allá estaba mamá.

¿No la habían tirado al mar?

…y una vez papá mandó una carta, decía que estaba en Brasil, y que tenía una novia que no era Silvina, sino Maryerín, y que era joven y bonita.

¿Y Niní dónde estaba?

…papá decía en la carta que me tomara un bus y fuera a verlo, que mamá me pagaba el pasaje y él allá me lo devolvía.

¿Por qué siempre dices mamá y papá?

¿Cómo más les voy a decir?

Mi mamá y *mi* papá, como dice todo el mundo. Lo otro suena a película traducida: es como decir emparedado, o goma de mascar, o automóvil, o malvavisco, o elevador, o aparcamiento, o fuente de sodas, o calcetines, o jersey, o monopatín.

Yo no digo nada de eso.

Sí dices.

7

Mi primer vuelo fue a Miami. Era la ruta internacional más transitada en la ciudad, y también era la más peleada: yo competí y gané. Quería ir a Miami porque se compraba barato y hacía buen clima y porque los hombres no eran gringos. A las azafatas jóvenes no les gustaban los gringos porque no sabían tirar; a las viejas sí, porque ya no tiraban.

¿Conoces Miami?, le pregunté a Julián. Dijo que sí, pero se veía que era mentira. Julián estaba mirando televisión en la sala de mi casa: pasaban una pelea de boxeo. Mi hermano se estaba bañando porque iban para una fiesta. Mi mamá, en el teléfono con mi abuela: se había muerto la prima de un pariente. Mi papá había salido a pagar unas multas en el tránsito.

¿Conoces Miami?, le pregunté a Gustavo. Él no contestó. Olga soltó una carcajada. Él estaba tomándose un ron en la hamaca, miraba el mar. Olga estaba rayando coco para un arroz. Tenía pollera blanca y calzón rojo y las tetas chorreadas sobre un escote de lycra negra.

Yo había ido a despedirme.

En Miami me bajé en un hotel cerca del aeropuerto, ya había contactado a un amigo de un amigo del gimnasio para que me fuera a buscar. Era casado y llegó sin la mujer. Mejor, últimamente no me iba bien con las mujeres de nadie: las azafatas jóvenes teníamos fama de abrir las patas en cualquier baño de aeropuerto. Las azafatas viejas tenían fama de escupir la comida del avión y también de otras cosas. Susana, una compañera, decía que las azafatas viejas eran señoras llenas de flatulencias —producto de tantos años de comer esa comida envasada—, que se les volvían incontrolables a ciertas alturas.

El amigo de mi amigo se llamaba Juan, pero le decían Johnny, y era un mulatón enorme y ojiverde. Tenía un carro nuevo que olía a nuevo. Me llevó a comer unas cosas picantes y después me dio una vuelta por Ocean Drive. Antes de volver al hotel entramos a un bar de un amigo de Johnny: un socio, dijo; después se corrigió: un compadre, y le palmeó la espalda. Tomamos negroni, yo nunca había tomado negroni, pero no se lo dije. ¿Te gusta?, preguntó Johnny y yo asentí: me gustan los tragos fuertes. Él chocó su vaso contra el mío y acercó los labios a mi oreja: *me like u, beibi*.

Johnny olía a perfume caro.

Tenía que volver al hotel a la medianoche, porque el capitán dijo que no quería a nadie trasnochado. El vuelo era a las siete. Gracias, Johnny, lo pasé genial. Y se me mandó encima, pero lo esquivé. Johnny no estaba mal, pero si accedía ahora no iba a tener a quién llamar la próxima vez que fuera a Miami. Yo planeaba ir muchas veces a Miami, hasta que encontrara la forma de quedarme.

Al regreso empezó a llover. Otra vez, como hacía años no llovía. Fueron días y días de lluvia torrencial que no nos dejaba volar: el aeropuerto cerrado y yo aburrida, mirando películas de gente que la primera media hora era feliz, y después se ponía triste y de eso se trataba todo, de superar la tristeza; después algo pasaba y terminaban todavía más felices que al principio.

Hacía unos meses ya no vivía con mis papás; me había mudado con Milagros, una que vendía licores en el Duty Free, y que había puesto un cartelito en el baño: busco *roommate*, apartamento de dos piezas cerca del aeropueto. Me gustó la idea de vivir cerca del aeropuerto porque así podía estar ciento por ciento disponible para la Aerolínea. Si alguien se enfermaba, yo estaba ahí, en cinco minutos, para reemplazarlo. Si salía un vuelo *charter* y faltaba personal, yo me ofrecía de voluntaria. Cada vez que un avión despegaba o aterrizaba yo me daba cuenta.

Me gustaba el sonido de los aviones.

Al tercer día de lluvia me puse un impermeable y fui a visitar a Gustavo, pero solo se asomó la cabeza de Olga por la puerta de la choza. ¿Dónde está Gustavo? Y ella: pescando. El cielo se caía en un solo chaparrón. No me moví. Olga sacó el resto de su cuerpo desnudo, oscuro y brillante. Se apoyó en el marco de la puerta: su punto de fuga era una mata de pelos apretados.

Me fui.

Llamé a la casa de mis papás, me pareció que hacía años no sabía de ellos. En cuanto mi mamá empezó a hablar, me di cuenta de que todo seguía igual: ella estaba de pelea con una de mis tías, porque mi tía era una manipuladora a la que le gustaba sonsacar a mi abuela. Y yo: ¿sonsacar de qué? Y ella: ¿de qué va a ser? Mi papá había contratado un nuevo chofer, porque el anterior le había robado: se llevó trescientos mil pesos y la llanta de repuesto. ¿Y puso la denuncia? Para qué, si nunca sirve de nada. Ya. ¿Y mi hermano? Por ahí.

El edificio donde vivía con Milagros estaba cerca del mar. Cuando llovía soplaba un viento que hacía un ruido tenebroso. Toño me llamaba cada tanto, yo le decía que no quería no verlo. Una de esas noches de lluvia fui yo quien lo llamó:

¿Quieres venir a ver una película? No sé, no creo. ¿Estás con alguien? No. Estás con alguien.

Toño vivía lejos, en bus habría tardado casi una hora, pero cogió un taxi y llegó en veinte minutos. Yo me estaba bañando. Debía haber gastado toda su plata de la semana. Toño puso la película en el televisor de la sala y Milagros se encerró en su cuarto: hasta mañana, dijo. Salí en pijama, olorosa a jabón. Antes de sentarme fui a la cocina por un ron de Guatemala que Milagros había traído. Primero me empiné la botella y después serví en un vaso para Toño, que apenas se mojó los labios. Me senté, y enseguida me le encaramé encima. Ni supe qué película había puesto. La primera vez me vine yo, la segunda, él. Cuando terminamos, Toño me dijo: cásate conmigo. No puedo. ¿Por qué? Por el trabajo. ¿Qué tiene que ver? Te dejaría solo mucho tiempo y me muero de celos imaginando que, cuando no estoy, me reemplazas con otra. Para mí eres irremplazable. Ahora, pero cuando te deje solo vas a ver que no. Vámonos a Canadá. Canadá está llena de viejos. Deja el trabajo. Jamás. ¿Pero por qué? Jamás de los jamases.

Se fue.

Todavía llovía: por la ventana, las luces de la calle se veían deformes. Enfrente había un gran letrero luminoso de un restaurante de pollo frito, que esa noche era un manchón sin forma. Me acerqué al vidrio, lo limpié con la mano y miré abajo: ahí estaba Toño, parado en la esquina, mirando a cada lado de la calle esperando a que pasara algo. No pasaba nada.

Pensé en abrir la ventana y gritarle que subiera. Pensé en abrir la ventana y gritarle que sí. Pero lo que hice fue prender un cigarrillo y, sin dejar de mirarlo, imaginar mi vida con él. Así:

Llueve. Salgo del aeropuerto rumbo a un apartamento chiquito en un barrio alejado, con vista a una ciénaga podrida. Tengo bolsas plásticas en la cartera para envolverme los pies a la bajada de bus, así los tacones no se me empatan de barro cuando camine hasta el edificio. Rumbo al edificio me tropiezo con niñitos gritones chapoteando en las veredas; me ensordece el vallenato que sale de las casas bajas y chiquitas y de luz amarillenta. Huele a frito, huele a ron, huele a ciénaga podrida, huele a pobre. Hola, mi amor, me abre Toño: lleva en los brazos a un crío que se sorbe los mocos. En un rato, ese mismo crío estará sorbiéndome las tetas. Después comeremos lentejas claruchentas y nos iremos a la cama y apagaré la luz. Toño se pegará a mi espalda, me abrazará por la cintura y me dirá al oído: algún día saldremos de acá. Y yo: acá nos quedaremos hasta que pase un huracán.

Cuando terminé el cigarrillo Toño seguía ahí, pero yo no.

8

Johnny conocía a un tipo. A secas. Johnny era así, uno le decía: me encantaría multiplicar mis ahorros por mil. Y él: conozco a un tipo. Me encantaría viajar a Cuba, comprar unos habanos y volver. ¿Para qué? Para venderlos. Conozco a un tipo. Me encantaría hacerme un tatuaje. ¿Dónde? En la nuca. Conozco a un tipo. Me encantaría quedarme acá para siempre. Y ahí Johnny ya no conocía a nadie. Decía: este es un país muy duro. Pero él vivía como un magnate, cambiaba de carro cada seis meses y seguía pagando el mismo *leasing*; cobraba un subsidio de desempleo que nadie le controlaba y era con eso que pagaba los moteles donde tirábamos, o las langostas que nos comíamos en Key West, o los *VIP passes* de los bares de salsa a los que le gustaba llevarme en Calle Ocho. Johnny vivía a expensas de su mujer —mitad gringa, mitad ecuatoriana— y compraba hasta los calzoncillos de marca: alimentaba rigurosamente su pequeño sueño americano como si temiera que, si un día se olvidaba de hacerlo, se desplomara a sus pies como un pajarito famélico.

Quizá tengo que dejar de andar contigo y buscarme un gringo para casarme, le decía yo. Y Johnny se me mandaba encima, me apretaba contra la pared y me metía la mano debajo de la falda: ven pacá, negra. Porque Johnny era una puta, todo lo quería resolver en la cama. Que me sueltes, malparido: lo empujaba, me iba.

Cada vez volvía de peor humor al vuelo de regreso, y el capitán empezó a notarlo: ¿Se peleó con el novio? —el capitán no me tuteaba —. No, señor, no tengo novio. Qué desperdicio. En ese vuelo íbamos cuatro azafatas, dos viejas y Susana y yo. Susana insistía en que el capitán estaba enamorado de mí. Yo sabía de qué parte de mí estaba enamorado el capitán, le costaba sacarme los ojos del culo; pero él no tenía nada que ofrecerme a cambio.

Entonces mi hermano coronó. Me escribió un mail diciéndome que se casaba: se llamaba Odina y era puertorriqueña, pero vivía en Los Ángeles. La había conocido por chat; como él no tenía visa, ella había venido a verlo y, listo el pollo, sellaron su amor. No me la presentó porque yo estaba volando, eso le había dicho mi mamá. Me la describió como una mulata preciosa y pencuda, que venía con su dote:

la *green card*. Llamé a la aerolínea, dije que estaba muy enferma y me encerré tres días a llorar: 88, 87, 86… Así me dormía, con mi hermano entre ceja y ceja. Pensé que lo de alentarme a ser azafata había sido su estrategia para sacarme del único computador que había en la casa, donde él chateaba todo el día, año tras año, buscando esposa, hasta dar con esa portorra lameculo.

Se casaron acá por la iglesia y allá por lo civil. Mi hermano, en su correspondencia, se había descrito como muy creyente. Por parte de Odina, vino una comitiva grande de amigos y parientes. Corronchísimos todos. Por parte nuestra, vinieron unos primos segundos que vivían en un pueblo. Corronchísimos también. Todos tenían hijos, y a todos los vistieron igualito. En la iglesia una niña se me sentó al lado y me dijo que cuando creciera se iba a venir a la ciudad a trabajar en una empresa. Tenía el pelo peinado en unos gajos duros por la laca. La imaginé en la ciudad, con unos años más, trabajando de sol a sol en una oficina chiquita y calurosa a la que iría y volvería en buseta. Almorzaría en *tupperwares* y se teñiría el pelo de un rubio barato que, con el sol de acá, se volvería anaranjado. Entonces optaría por el caoba cobrizo.

El cura dio un sermón que hablaba del amor bueno, destinado a procrear, y del amor malo, destinado al goce. Después una monja esquelética cantó el Ave María.

La fiesta fue en un caserón antiguo del centro de la ciudad. La pagó la familia de Odina, porque, según la tradición, la novia se encargaba de la fiesta y el novio de la luna de miel, que no habría, por el momento, porque Odina tenía que volver a trabajar. Odina era enfermera. Odina era gorda, no pencuda. Y los papás de Odina eran los clásicos *wannabe*. Los míos no sabían lo que era ser *wannabe*, pero también lo eran. Esa noche, las lucecitas blancas que adornaban el patio del caserón bastaban para sentirse parte de alguna realeza caribeña. El bufé era una l que contenía cientos de platos fríos y calientes: mariscos, sobre todo. Gustavo había sido el proveedor, aunque hacía años que mi papá no le compraba pescado porque se había puesto muy caro; lo invitaron a la fiesta, pero se disculpó: no voy a fiestas, dijo. Nadie le insistió. Habría sido raro justificar la presencia del viejo greñudo, hediondo a pescado y curtido por el sol, arrumado en un rincón con su botella de ron. Y su novia negra.

¿No invitaron a Olga?, le pregunté a mi mamá. ¿Qué Olga?, dijo ella. La novia de Gustavo. Mi mamá no entendió de quién le hablaba.

En los baños había perfumes de toda clase para ganarle al sudor del baile. En las mesas había cámaras Polaroid para uso de los invitados. En la pista de baile había orificios diminutos por los que salía un vapor de flores. A media noche lanzaron fuegos artificiales que estamparon en el cielo los nombres de los novios; después

lanzaron otros que decían: *Just married*. Un trío cantó boleros, siguió una orquesta y después de la comida se sumó un DJ que inundó el aire perfumado y elegante de la fiesta de reggaetón. "Odi" era fanática. Odi meneaba ese culo como una serpiente venenosa y, aún así, mi mamá y mi papá la contemplaban como los pastorcitos a la Virgen de Fátima; cada tanto dejaban escapar suspiros y se miraban y asentían, pensando para sí: coronamos. Odina les decía: mami esto, papi lo otro, y a mí me decía helmana. Me lanzó el ramo directo a los brazos, pero yo me eché hacia atrás y cayó al piso. Hubo dos segundos de perplejidad en los que todos esperaron que yo me agachara a levantarlo. Me di vuelta y caminé hacia la puerta.

Justo venía entrando Toño: había dicho que no iba porque tenía que trabajar hasta tarde en la papelería. El tío lo había hecho socio, gran cosa. Tenía, como los demás, pantalón blanco y guayabera de color —azul turquesa, en su caso. Tenía, como los mafiosos, el pelo engominado y peinado hacia atrás. Se había dejado la barba tipo candado y, aunque me abrazó y me dio un beso en la mejilla, todavía me miraba con rencor. Le pregunté por qué llegaba tan tarde, y dijo: recién me desocupé y pensé: ¿por qué no ir a darle un abrazo a mi compadre? Ahora eran compadres, pero cuando Toño salía conmigo, mi hermano lo consideraba un pobre diablo, un pata en el suelo, un mondao, un pela bola, un *fokin looser*, un peor es ná, un tipo que nunca me daría lo que yo me merecía. ¿Y yo qué me merecía? Mi hermano enumeraba cosas —cosas que ya no conseguía recordar—, mientras yo iba trazando una línea entre ellas, cosiéndolas, dibujando en el aire una telaraña enmarañada.

¿No vienes?, Toño seguía en la puerta, mirándome. De adentro salía la voz de mi hermano, grave, casi afónica, cantando: cantando quiero decirte lo que me gusta de ti. Te perdiste la foto del periódico, le dije. Él no dijo nada. Apretó los dientes.

Julián había salido con la encargada de la sección de sociales del periódico, y dijo que ella le había prometido media página. No era un trámite fácil, había filas de gente esperando a que estamparan su caras ahí.

La noche de la boda, la foto fue esta:

En el centro, los novios, de blanco inmaculado, salvo por los labios de Odi, rojo encendido. Después las señoras —dos madres y una abuela—, vetustas amazonas: sus vestidos de organza estampados en flores selváticas. Los dos papás, de guayaberas coloridas: una verde loro, otra naranja encendido. El padrino, Julián, acompañado como siempre por sus bíceps obscenos, de los que esta vez colgaba una flaca revejida, envuelta en amarillo. Las madrinas: en un extremo la tal Tanya, amiga de Odi, cubana candente y escotada, todo brillos; en el otro extremo yo, vestido negro luto, champaña en mano, mirando a

cualquier lugar distinto al lente.

El día del periódico la foto fue la misma, pero en blanco y negro. La influencia de Julián no llegaba hasta la página en color.

Entremos, insistió Toño. Yo le di la espalda y prendí un cigarrillo.

El sonido de sus zapatos nuevos entrando a la fiesta, alejándose otra vez de mí, me hizo doler la barriga de tristeza. Pero no por mí, ni por él, sino por la playa de pescadores donde tirábamos, que ahora era un hotel. Y por la terraza del hotel donde tirábamos, que ahora era un baldío. Por los años gastados.

Después de esa noche no lo vi más. O sí, pero faltaba mucho.

9

Johnny conocía a un tipo que llevaba mercancía de Estados Unidos hacia abajo. Uno encargaba el producto en Amazon dando la dirección del tipo allá, y él bajaba con sus maletas, como turista, y no declaraba nada. Cobraba por el peso del paquete, no por volumen, y eso, según Johnny, era una gran ventaja que no consiguió interesarme. Le decían Papá Noel, porque el tipo llevaba, sobre todo, los juguetes de Navidad para los niños, que allá arriba salían más baratos. Y ahora ese mismo tipo que Johnny conocía, tenía un nuevo negocio y de eso era de lo que quería hablarme: el tipo se alquila como pariente de mujeres preñadas, dijo Johnny. No entiendo el negocio, dije yo. Estábamos en un chiringuito en Kendall, comiendo alitas picantes. Tenía los dedos empatados de salsa roja y me tocaba chupármelos para que saliera bien.

Johnny pidió dos cervezas más. No había mucha gente en el chiringuito: el dueño, que era un dominicano simpático; su hija, que andaba con una faldita de lunares demasiado chica para su edad y contextura; y una parejita que se lamía como perros. Cuando la hija nos trajo las cervezas, Johnny —después de echarle un ojo largo a la faldita— me explicó el negocio del tipo: se trae a las señoras a que paran acá, hace como que es un tío, o un primo, y las tiene en su casa los últimos tres meses de embarazo, porque después ya no las dejan viajar. Les consigue un médico amigo para que las vea en ese tiempo y después las lleva al hospital a que paran. Y ahí desaparece para que no lo vinculen. ¿Y cuál es la gracia?, le pregunté. ¿Cuál va a ser?, dijo Johnny: que el muchachito te nace gringo y ahí mismo te dan la nacionalidad. Me guiñó un ojo, me recordó a mi papá. Malparido, le dije. Y él: pa que no digas que el Johnny no te quiere. Me senté sobre sus piernas y lo besé con ganas: el Johnny me ama, le dije al oído. La de la faldita nos miraba de reojo y se enrollaba un mechón de pelo en el dedo índice. Le pedí a Johnny el número del tipo.

Al regreso encontré a Gustavo solo, descascarando camarones en su mesa de trabajo. La brisa soplaba muy fuerte, sacudía la lona. ¿Y Olga? En el mercado. Ajá. Me eché en la hamaca y al rato se me ocurrió preguntarle por los hijos. ¿Qué hijos? ¿No tienes hijos? Se

quedó como pensando y luego dijo:

En Bolivia viví en una casa con trece personas, la dueña era una mujer que se llamaba Rosita.

¿Y Rosita te parió un hijo?

No. En esa casa todas las noches alguien cocinaba y todos comíamos y cantábamos y algunos se desnudaban y se echaban en el piso a revolcarse. Pero yo no. Y Rosita tampoco. Rosita se sacaba la blusa y hacía que le tocara los senos y le dijera qué sentía. Y yo sentía miedo, pero nunca se lo dije.

¿Qué le dijiste?

Le dije: se parecen tus senos a los caracoles blancos.

Ya.

El tipo que Johnny conocía se llamaba Éver y era más feo que el diablo. Pesaba como doscientos kilos y tenía la cara cundida de manchas de vitíligo. Cobraba un cojonal de plata, pero era seguro, decía, no como esos que te ofrecen la *green card* y te salen con un carné de Blockbuster. ¿Cuánto tienes?, me preguntó. ¿De plata? No, de embarazo. Le mentí: poco. Me dijo que lo pensara y que cualquier cosa le avisara con el Johnny. El tipo me hablaba en susurros porque era un tema delicado, decía. Me tocaba acercarme a él por encima de la mesa y tragarme su aliento, que era el de alguien que acababa de almorzarse un cerro de sardinas. Cuando por fin terminó de hablar, levantó su cuerpo enorme y lo arrastró hasta la puerta del Denny's; estiró los brazos, desperezándose: las llantas se le derramaban por encima del cinturón. Yo pensé que no soportaría un día al cuidado de ese tipo. De todas formas, el plan estaba fuera de mis posibilidades. No por lo del embarazo —un muchachito podía hacerse en cualquier baño de aeropuerto—, sino por la plata, como siempre, la plata.

¿Por qué tan pensativa?, me dijo el capitán. Esperábamos en la sala de la Aerolínea a que terminaran de limpiar el avión. Por nada, le dije. Susana no iba ese día, iban las otras y también iba Flor, una fea resentida y macilenta. Tenía, incluso, un problema para caminar; nadie entendía cómo podía ser azafata. Y el capitán: ¿le gustaría que un día nos tomemos un trago? Me miró a los ojos, pero porque estaba sentada. Flor se aclaró la garganta y salió de la salita con los pasos de una garza tullida. Detrás del ventanal un avión aterrizaba, el cielo resplandecía en azules y morados. No sé, le dije al capitán sin desviarle la mirada, puede ser.

10

La que se embarazó y parió fue Odina y, como mis papás no tenían visa, mi hermano, la portorra y su crío bajaron apenas se pudo para que conocieran al nieto. Odina había engordado como mil kilos, y me seguía diciendo helmana. La criatura era igual a ella, se llamaba Simón. Ellos dormían en el antiguo cuarto de mi hermano y el bebé en el mío. Habían pintado las paredes de azul y en la mesa de noche había una gran canasta azul repleta de bolsitas de organza azul con un caramelo azul que decía en la envoltura "Baby boy". Era un *souvenir* por ir a visitar al bebé. Yo los vi el primer día y después me perdí. Dije que tenía dos vuelos seguidos y una escala muy larga en Seattle. Nadie pareció escucharme.

Yo nunca había volado a Seattle. Yo nunca había volado a otro lugar de Estados Unidos que no fuera Miami. Pero me sabía ese país de memoria, gracias a la canción de Pato Banton, *Go Pato*. A veces recitaba los estados en la ducha. Cuando llegué al apartamento llamé a la Aerolínea y pregunté si no necesitaban personal de reserva. Estamos completos, me dijeron. Y me encerré: 54, 53, 52, 51… El techo del apartamento tenía grietas. Milagros tenía un novio francés. El capitán había estado llamándome mucho últimamente, habíamos salido una vez, sin mucho éxito. El capitán era del interior del país, y esa gente no me gustaba nada porque hablaba lento y no tuteaba. Pero eran días difíciles y lo llamé: quedamos en un lugarcito italiano, en el centro.

La estética latinoamericana es la estética del cliché, me dijo el hombre en medio de la cena, después de que le contara la historia de mi hermano, la boda con cámaras en las mesas y lucecitas blancas y perfumes en el baño y el "Baby boy". Me pareció un comentario inteligente y pensé que a mi futuro niño no le vendría mal: uno, un buen equipo de neuronas, y dos, tolerancia a las alturas. Esa noche nos quedamos en su casa, un apartamento en El Laguito que miraba la bahía desde una ventana panorámica. Era bellísimo, pero seguía estando acá.

El Capitán estaba genuinamente maravillado con mi culo: es más bello de lo que imaginaba, decía.

Pero no me embarazó. Ni esa vez ni todas las que siguieron. Fui al ginecólogo para preguntarle si tenía algún problema. Yo estaba perfecta, debía ser él. Iba a ser difícil preguntarle, el hombre pensaba que yo tomaba pastillas.

¿Tienes hijos?, le pregunté una tarde en la cama, fumándome un cigarrillo de cara a la bahía. Ya habían encendido el faro, la luz giraba y nos pasaba por encima como brochazos sobre un mural. Me gustó ese momento. Deseé que no me contestara, pero era tarde. El capitán no tenía hijos. ¿Y te gustaría, alguna vez…?, a mitad de pregunta ya me había arrepentido. Hace años, dijo el capitán, me hice la vasectomía por razones médicas. ¡Razones médicas! Me sentí traicionada, tomada por estúpida. El capitán me miró perplejo. Me vestí y me fui.

Caminé por el malecón, bordeando primero la bahía, después el mar, después los espolones, después una montaña de escombros en un playón vacío. Ahí me senté a llorar. La tarde estaba roja, era el cielo más bonito que había visto en años. Desde la ventana del Capitán debía ser un espectáculo. Busqué un teléfono público y lo llamé. No contestó. Lo volví a llamar y nada. Cogí un taxi y me fui a mi casa.

Al pollo frito se le había quemado el pico, lo tenía opaco.

Y volvió a llover: en un pueblo cercano al río Magdalena se ahogaron hasta los perros. En un cacerío cercano a la Ciénaga de la Virgen se murieron cuatros niños y una maestra: se quedaron atrapados en un centro de asistencia del Bienestar Familiar al que se llevó la corriente. En la radio volvieron a hablar del Emisario Submarino: una empresa holandesa lo iba a empezar a construir. El gobierno nacional licitó la obra entre empresas extranjeras, porque las de acá ya se habían robado la plata tres veces. Pero los holandeses no robaban.

Johnny me mandó un mail: Te extraño, nena. Y otro: *I miss u, beibi*.

Pensé en visitar a Gustavo. La última vez había sido unos seis meses atrás, un día que el sol resplandecía. Y fue así:

Me senté en la mesa de trabajo y el olor a pescado me dio náuseas. Le dije que nos fuéramos a caminar, a respirar otro aire. Mientras caminábamos me contó que Olga se había ido: la hermana la mandó a buscar de Venezuela. A mí me parecía increíble que la gente se fuera a Venezuela. Incluso Olga, que era una arrastrada, podía aspirar a algo mejor que irse a Venezuela: hasta quedarse acá era mejor. Anduvimos por la playa durante horas y al final nos sentamos en una canoa podrida llena de cangrejos. Me dio sed, le pregunté por Willy. Murió, dijo Gustavo. ¿De qué? Alzó los hombros. ¿Y Brígida? Murió. Mentiroso. No sé de Brígida, dijo después. ¿Y de Willy? Tampoco.

Esta vez le llevé un paraguas y un pequeño mercado de vicios: cigarrillos, cerveza, ron, una mota de marihuana. Armó un tabaco,

sirvió dos rones. Estaba de pantalón largo, no recordaba haberlo visto nunca de pantalón largo. Estaba quedándose calvo. Estaba viejo. La lluvia no me deja trabajar, se quejó y señaló el mar que estaba revuelto. A mí tampoco, dije yo y miré las nubes. La piscina de Gustavo se había podrido, había peces muertos en la superficie. Los animales más grandes debían estar en el fondo. La lona estaba rota por varios lugares y el agua entraba de a chorros. El lugar más seco era el asiento doble de madera, aunque también estaba húmedo. El agua y la madera no son buenas amigas, le dije a Gustavo. Y nos sentamos.

Cuéntame una historia.

Ya te las conté todas.

Cuéntame una historia en la que aparezca yo.

Gustavo respiró hondo y negó con la cabeza: es una historia triste.

No me importa.

Me encogí a su lado. Recosté la cabeza en su regazo huesudo y maloliente. Él me acarició el pelo:

Había una vez una princesa dulce y buena, que tenía un solo defecto: no sabía distinguir lo bueno de lo malo, lo bello de lo horrendo, lo diabólico de lo celestial, lo perverso de lo inmaculado…

Me dormí.

11

El siguiente vuelo a Miami fue un suplicio. Y los siguientes. El capitán me evitaba y ahora parecía más interesado en Susana que, como no tenía culo, había empezado a usar un *push up bra* demasiado insinuante. A mí no me importaba en lo más mínimo porque yo tenía a mi Johnny, que se portaba cada vez más solícito y cariñoso: me había regalado una *laptop* para que pudiéramos chatear. Yo le contaba cosas de la ciudad: que en el centro estaban haciendo palacios y que se estaba llenando de famosos, que ya tenían casa Julio Iglesias, Carolina de Mónaco, Mick Jagger, Lady Gaga. Johnny no parecía muy impresionado. Johnny todo lo que quería era que pusiera la cámara y le dijera porquerías mientras me tocaba. Y yo hacía eso, pero no siempre. Yo pensaba: un día no muy lejano, Johnny va a entrar en razón, va a saber qué hacer.

Johnny se volvió intermitente.

La última vez que lo vi, me llevó al mismo sucucho de las *buffalo wings* en Kendall, y estuvo disperso, callado, echándole el ojo a la putica dominicana, que de un día para otro había criado un caderamen de matrona. En el medio llegó una mujer bien vestida que se paró en la puerta y examinó el lugar con un paneo. Johnny dijo: no le parece lo suficientemente limpio para posar sus nalgas deshidratadas. Sonó amargo y resentido. Después volvió a enmudecer. ¿Qué te pasa?, le pregunté. Y él me dijo que nada. Fuimos a un motel, tiramos, prendió un cigarrillo y siguió mudo. Yo prendí el televisor, no salió nada, estaba dañado.

En el vuelo de regreso, Susana me evitó. Yo le dije: Johnny me va a pedir matrimonio. Y ella: ¡Qué bien! Pero sonó falsa.

Entonces, un día Johnny me dejó esperando en el *lobby* del hotel. Yo estaba vestida para ir a bailar salsa: cola de caballo, pantalones brillantes, pulseras de metal que hacían tintín. De repente me sentí ridícula. Lo llamé por teléfono a su casa, me contestó la mujer, y no había terminado de preguntar por él cuando ella ya me estaba gritando: *holly shit, you fokin puta*! Y después amenazó con que iba a pegarme tres tiros en la chucha. Hubo una pausa en la que, supuse, estaba tomando aire para seguir insultándome y yo aproveché para

decirle: mire, doña, es que el Johnny me preñó. Y colgué.

El regreso fue tristísimo. Cuando entré al apartamento me desmoroné; me eché en el sofá de la sala, mire la ventana: el cartel de pollo estuvo apagado hasta que se prendió. No comí, no fui al baño, no hice más que pensar en Johnny y mirar el vidrio sucio de la ventana. 19, 18, 17, 16…

Johnny no apareció en el chat. Le mandé trescientos diecisiete mails. Nada. No supe más de él. Y con el tiempo pasó la tristeza, pero me llené de lástima. Primero por él, porque debía haber perdido todo: su carro, su seguro de desempleo, su mujer ecuatoriana, sus *VIP passes*, su dignidad. Después por mí, que perdí los paseos por Miami, la langosta y el champán, los atardeceres en Mallory Square, la buena vida a la que el Johnny me había acostumbrado. Y después por mí, otra vez por mí, muchas veces a lo largo de la vida, cada vez que volví a perder a alguien que ni siquiera me importaba.

12

Una vez me tomé vacaciones y no supe a dónde ir. Me obligaron a tomarme vacaciones porque, según mi jefa, nunca lo había hecho y había que hacerlo. ¿Por qué? Porque es una nueva política. Me pareció una nueva política equivocada y se lo dije, pero no me hizo caso. Era una aerolínea muy pequeña y estaban licitando para subir de categoría, conseguir más rutas. En esos días libres visité a mi mamá y lo primero que hizo fue mostrarme las fotos de un niño de unos tres, cuatro años, vestido de vaquero y vestido de Snoopy y vestido de Tarzán. ¿Quién es?, le pregunté. ¿Quién? Ese niño. Me miró con furia: ¡Simón, tu sobrino! No supe qué decir. Mientras mi mamá refunfuñaba, descubrí que era una vieja: tenía canas y arrugas y ese aliento apasado que llega con la edad.

Me quedé a comer.

Mi papá, ahora sí, había abandonado del todo el negocio de los taxis, pero seguía quejándose: nadie cuida lo que no es suyo. Te llegó una carta, me dijo mi mamá. ¿Cuándo? Entrecerró los ojos y dijo que hacía más de un año. ¿Y por qué no me avisaste? No tengo tu teléfono. Sí lo tienes. Sacudió la mano: ¡bah!

Volví al apartamento a la media noche, abrí las ventanas, hacía calor. Entró una brisa con olor a fango.

La carta era de Maritza Caballero, mi amiga de la adolescencia. Decía que hacía mucho no sabía de mí, y como todo lo que tenía era esa dirección, se había arriesgado a escribirme, aunque suponía que ya no debía vivir allí. Durante una época nos habíamos mandado cartas, pero en algún momento dejé de contestarle. Me aburrí. Según lo que ella contaba, Medellín era una porquería de ciudad. Ni fría ni caliente, ni bonita ni fea, ni rica ni pobre. No era nada Medellín. De todas formas ya no vivía en Medellín, sino en Panamá. A su papá lo habían trasladado a Perú hacía muchos años, ella fue y vino varias veces y ahora se había instalado en Panamá con su marido, que trabajaba en El Canal, y sus hijos. Con la carta mandaba una foto de ella, que era igual a ella pero con patas de gallina y un tipo al lado, y una niña y un niño sentados a sus pies, como mascotas. Su teléfono, por si alguna vez iba por Panamá, era… Arrugué la carta. Se la lancé al pollo frito

directo al pico, pero no llegó. Cayó en el medio de la calle.

Prendí un cigarrillo.

No fui a donde Gustavo porque no tenía ganas. No fui a ningún lado. Llamé al capitán, no contestó. Volví a llamar y contestó una mujer: ¿Aló? ¿Susana? ¿Quién es? Colgué. Pero no era Susana, tenía un acento raro.

El viernes, Milagros me convidó a que fuera con ellos a las islas. Su novio francés y unos amigos habían alquilado cabañas. Fui a depilarme, hice mi bolso y esperé con Milagros a que pasaran a buscarnos. Vino un carro con chofer que nos dejó en el muelle y después vino una lancha llena de extranjeros y putas. Miré a Milagros, ella alzó los hombros: ¿Y qué esperabas? Pensé dos, tres segundos: no esperaba nada. Subimos. Un francés se me sentó al lado y dijo que si me había ajustado bien el salvavidas. Le dije *oi*. Cuando llegamos a la playa, había un bufé de jugos y tragos. ¿Qué quieres?, me preguntó el francés. Negroni. Miró la mesa: me parece que no hay. Cuba libre, dije. El asintió y fue por hielo.

Estábamos en un bohío repleto de sillones de mimbre. Algunos ya se habían ido a la playa con sus putas, Milagros y el novio se habían metido en una cabaña, besuqueándose. Quedaban dos franceses que manoseaban a una muchachita que no debía tener dieciocho. Ella se reía, parecía nerviosa pero lo disimulaba bien.

Mi francés volvió con los tragos, nos sentamos en un sillón y me pasó el brazo por los hombros. Era blando, verde y frío como una rana. Le saqué el brazo y le dije: soy cara. ¿Muy cara? Sí. No me importa. Ok: le mostré la palma de la mano.

Regresamos el lunes, con mucha resaca. Me quedaba todavía una semana de vacaciones y no sabía qué más hacer. Gastar la plata del francés, pero en qué, dónde. Justicia habría sido alquilarme a un tipo que me tirara bien. Llamé al capitán, contestó la misma mujer. Colgué. Tampoco era que el capitán tirara tan bien. Entonces llamé a Toño, la mamá me dijo que se había mudado hacía años y, después de insistirle, me dio su celular. ¿Aló?, contestó. Te extraño, le dije. Se quedó mudo y después dijo: yo no. Te compré un regalo. ¿Qué? Te va a gustar. No lo quiero. ¿Seguro? ¿Qué es? Una sorpresa: si vienes te lo doy, si no, nunca lo sabrás. No sé… Ven. Me casé. No me importa. A mí sí. Te espero en una hora.

Y le compré un perfume de Calvin Klein. Y se quedó el resto de la semana.

13

Simón se enfermó y mis papás, como no tenían visa, me pidieron que fuera a verlo. Me rogaron: fueron por primera vez a mi apartamento y me rogaron. Yo dije: ya me tomé vacaciones. Y ellos: es una urgencia familiar, nunca te pedimos nada, es nuestro único nieto. Mi jefa apretó los labios: ¿no le alcanzaron las vacaciones? Es una urgencia familiar, nunca le pedí nada, es mi único sobrino. Me dio una licencia de diez días, no remunerada.

Mi mamá se había obsesionado con que Dios le estaba cobrando lo del hijo de Xenaida y mandó a hacer un menjurje con una "especialista" que conocía mi tía; me lo dio en un frasco para que yo se lo frotara en el pecho al muchachito. Olía a rata muerta: me dio asco, lo vacié en el inodoro y tiré el frasco en la caneca. Me lavé bien las manos y me unté el antibacterial de Victoria´s Secret que nos habían regalado en la Aerolínea de Navidad.

Antes de irme, pasé por la choza de Gustavo. No llovía, y él no pescaba. Hacía días que no pescaba porque le dolía una pierna y sentía el hueso frío, dijo. Le dije que me iba a Los Ángeles y que a lo mejor me quedaba. Que si mi hermano me lo llegaba a insinuar yo me quedaba. ¿Por qué no? Por ahí conocía a alguien. Alguien que me diera lo que yo me merecía. Gustavo preguntó que yo qué me merecía. Lo miré fijo: los pelos blancos vueltos un esponja Bombril; la piel, un paño delgadísimo y drapeado. ¿Cuántos años tenía Gustavo? ¿Mil? Nunca le pregunté eso. Alcé los hombros. Él sirvió dos vasitos de ron. Quedaba poco en la botella. Me dio uno, elevó el suyo al frente, mirando el mar:

We'll always have this view, kid.

Me empiné el ron, lo acabé enseguida: adiós.

En Los Ángeles también llovía y eso era una rareza, un milagro, según Odina. Y que si yo no había visto China Town. No. Pues así mismo es, dijo ella, seco como una piedra caliza.

Pues lo disimulaba bien.

Llovía mucho, pero allá nadie se ahogaba: mucho menos los perros, que los vestían como niños con sus capuchas impermeables. Odina hacía turnos largos en el hospital y cuando llegaba se quejaba

de que los pies se le hinchaban demasiado. Después se miraba al espejo: *¡soy una fokin whale!*, gritaba, enojada, no se sabía con quién. Yo miraba para otro lado, me hacía la distraída. Mi hermano trabajaba de chofer de un camión de reparto. ¿Reparto de qué? De frutas, verduras, productos de granja local. *Eat local, stay local*, decía en el bolsillo de su camisa gris. ¿Y Julián?, le pregunté una noche. Él hacía *zapping*. Odina estaba de turno; Simón, dormido. No sabía nada de Julián. ¿Y Rafa? ¿Qué Rafa? Ese amigo que… Pero él estaba entregado a la pantalla, pasaban un partido de béisbol. Sus abdominales perfectos habían quedado sepultados bajo una gran barriga. Debía ser toda la cerveza que tomaba. Debía ser el matrimonio. ¿Qué será del hijo de Xenaida?, dije al rato. Mi hermano no contestó nada, quizá no me escuchó, quizá no le importaba.

A Simón lo cuidaba una muchacha jovencita que vivía masticando chicle y oyendo música con unos audífonos enormes, inalámbricos. La casa era de madera, como las de las películas. Era cómoda, pero ningún palacio. Eso sí, había electrodomésticos por todos lados y la nevera se derramaba de comida. Toda esa comida se veía apetitosa y suculenta, pero después no sabía a nada. ¿*Macaroni and cheese*? Vil patraña.

Los Ángeles era un *bluff*. No se llegaba a ninguna parte caminando. Ni sola. Me la pasaba sentada en el porche, pensando que nunca me iría definitivamente a ninguna parte, que estaba condenada a salir y volver y salir y volver, y eso era lo mismo que no haberse ido nunca. No, era peor. Como la mujer de esa historia de Gustavo que abría una puerta, entraba a su casa, mataba a los hijos y salía, pero no a la calle sino otra vez a su casa y mataba a los hijos y salía de vuelta a su casa, y así todas las veces. Era la peor historia que me había contado. En esos días, en Los Ángeles, pensé que quizá había llegado el momento de inventarme mi propia fórmula para evadirme, de matarme la autoconciencia con un frasco de pastillas.

La calle mojada parece un espejo, me dijo una tarde mi sobrino Simón, sentado a mi lado, en el porche, con la espalda encorvada, mirando llover sobre la ruta. El agua caía sin hacer ruido, porque esa carretera era tan lisa como una pista de patinaje.

Un día nos subimos todos al camión de mi hermano y fuimos a los Universal Studios. Miramos desde afuera porque era caro entrar. Odina ni se bajó a la vereda porque le dolían los pies.

¿No vas nunca al colegio?, le pregunté una mañana a mi sobrino, en el porche. Él negó con la cabeza.

¿Por qué?

Porque estoy enfermo.

Pensé en el menjurje de mi mamá. Me pregunté de qué estaría hecho.

¿Cuántos años tienes?

Cinco.

Pero parecían cincuenta: con esa cara tan seria.

¿Y de qué estás enfermo?

De asma: me mostró su inhalador.

Eso no es excusa para faltar al colegio, no señor, le dije yo, y él me miro con los ojos gigantes, como dos bolas negras de billar.

Esa tarde merendamos una *milk shake* de fresa y unos pastelitos de guayaba que había mandado su abuela materna de Puerto Rico. Esa tarde Simón me dijo que le tenía miedo a las arañas. Yo le conté una historia:

Había una vez un rey…

¿Cómo se llamaba el rey?

Gustavo. Era un rey sabio que cambió su reino por una choza frente al mar.

¿Qué mar?

El mar Caribe, desde acá no lo ves. En su reino tenía riquezas y una mujer virgen para cada noche.

¿Para qué?

Para cada noche.

Y ya no supe cómo seguir porque no conocía esa historia ni ninguna otra, y Simón me miraba expectante: ¿Y qué pasó después? Nada. ¿Nada?

Empecé de vuelta:

Había una vez una cara…

¿Una cara?, Simón se reía.

Una cara de ojos grandes, como dos bolas negras de billar. Encima de la cara había pelo y debajo un cuello y más abajo un cuerpo chiquito al que le gustaba encorvarse. Y todo eso junto formaba un niño.

¿Cómo se llamaba el niño?, Simón me miraba como si esa fuera una gran historia. La risa contenida, la sonrisa a punto.

Se llamaba Simón y para dormirse contaba ovejas al revés.

¿Al revés, de cabeza?

No, al revés, así: 100 ovejitas, 99 ovejitas, 88…

¿No sabía contar?

Sí, pero contaba distinto.

¿Por qué?

No sé.

14

De Los Ángeles volví en el último vuelo. Las tiendas del aeropuerto ya estaban cerradas; los taxis se llenaron muy rápido de turistas que venían de Miami, donde hice la conexión. Caminé hasta el apartamento que estaba a seis cuadras, arrastré la maleta pesada, y cuando llegué me senté en el pretil del edificio. Prendí un cigarrillo. Alcé la cara para estirar el cuello y el cartel del pollo frito me encandiló. Por fin le habían arreglado el pico.

Subí. Milagros se estaba quedando donde su novio francés, decía en la contestadora. El novio francés se estaba quedando en un hotel *boutique* del centro, un palacete colonial con pocas habitaciones… Si no es así una no tiene chance de conocer esos lugares, dijo Milagros, risueña, antes de colgar. Abrí una cerveza y me asomé a la ventana, no corría brisa. Después vi una película sobre una mujer que triunfaba en Nueva York como *bartender*.

A la madrugada sonó mi celular. Aló. Era del hospital: Gustavo se había caído y se había dislocado la cadera, tendría que usar muletas por un tiempo; alguien tenía que ayudarlo a salir, llevarlo a su casa, bañarlo, darle de comer. Pero yo no soy familiar, dije. ¿Conoce a algún familiar? No, están muertos, los tiraron al mar. ¿Perdón?, dijo la enfermera. No conozco ningún familiar. Lo reportaremos como indigente. Ok.

Pero a la mañana llamé a la Aerolínea, extendí la licencia y me fui al hospital. La enfermera llenaba una planilla que yo debía firmar para que le dieran de alta: ¿Nombre y apellido? Maritza Caballero. ¿Parentesco? Hija. Y lo llevé a su choza.

Le había traído una gorra de Los Angeles Lakers. Se la puse. Le dije que me quedaría con él para cuidarlo, él no dijo ni sí ni no. Miraba lejos, como perdido. No dijo nada hasta que no fue hora de comer: ¿te gusta el clavo de olor? Y yo: no tanto. Acá se come mucho clavo de olor, y se arrastró hasta la cocinita, sacó unas cosas de la nevera, se puso a cocinar.

Los días que siguieron fueron así:

Gustavo se levantaba a las cinco, cuando todavía estaba oscuro. Se ponía la gorra, agarraba sus muletas y abría de un golpe las puertas de

la choza; entraba un olor a sal y a pescado muerto que los primeros días se me hizo intolerable. Después me acostumbré. De todas formas le dije que mandara a vaciar esa piscina, que para qué la quería, si ahí ya no criaba nada más que hongos, renacuajos, moho, podredumbre. Y ese pescado amorfo con una gran protuberancia en la cabeza. Era un pez mutante, un monstruo marino capaz de sobrevivir en ese agua negra y comerse las sobras de comida que le echaba Gustavo. Una mañana me levanté y el pescado había mutado en cerdo. No es un cerdo, decía Gustavo. Pero parecía. El pescado era una bola de carne enorme y rosada que abría la bocota cuando uno se acercaba por ahí, como si estuviera bostezando.

Gustavo y yo comíamos bajo el parapeto. Gustavo había dejado de usar las muletas a los tres días, y había vuelto a pescar. La gorra la seguía usando. Yo lo acompañaba porque le costaba caminar, moverse con flexibilidad: había quedado bastante patuleco. Salíamos a las siete en una lancha destartalada que se llamaba *Todo es para ti*. ¿Por qué se llama así?, le pregunté. Porque es cierto. Pescábamos poco, pero eso no importaba porque Gustavo ya no tenía clientes. A la tarde, cuando bajaba el sol, yo lo dejaba limpiando el pescado y me iba a caminar por la playa, a acostarme en la arena boca arriba, a mirar el cielo.

Arriba, abajo, arriba, abajo: me tocaba pensando en Toño. Y en la mujer de Toño. Y en los hijos de sus hijos y en los nietos de sus nietos. Toda gente insalvable.

Después volvía y Gustavo había preparado algún guiso especiado y hostigante; comíamos un poco, el resto lo tiraba a la piscina para el pez cerdo y después prendíamos un porro. Nos metíamos en la hamaca y veíamos cómo el cielo se iba oscureciendo y llenando de estrellas, una luna, pocas nubes. Gustavo me contaba historias que ya me sabía, a veces las contaba mal y me tocaba corregirlo. A veces se inventaba pedazos nuevos, absurdos, inconducentes. Y yo lo dejaba seguir. Hasta que un día dejé de escucharlo. Fue fácil, en vez de su voz armando frases estiradas, oía el sonido de las olas y del viento: un chillido frío y afilado que al cabo de un rato se hacía un murmullo ensordecedor. Entonces me concentraba el horizonte, que a esa hora estaba vacío.

LA AUTORA

MARGARITA GARCÍA ROBAYO

Es una escritora cartagenera que reside en Buenos Aires, ciudad en donde ha trabajado para diferentes diarios y revistas. Es autora de las novelas *Lo que no aprendí* y *Hasta que pase un huracán*, y de los libros de relatos *Hay ciertas cosas que una no puede hacer descalza, Las personas normales son muy raras, Orquídeas*, y *Cosas peores*, galardonado con el premio literario Casa de las Américas 2014. Su trabajo ha sido publicado en Argentina, México, Perú, Italia, España y Colombia, y ha sido traducido a varios idiomas.